

VIERNES SANTO

Is 52, 13-53,12; Sal 30; Hb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

El Viernes santo se caracteriza por el relato de la pasión y por la contemplación de la cruz. En ella se revela plenamente la misericordia del Padre. La liturgia nos invita a rezar así: «Cuando nosotros estábamos perdidos y éramos incapaces de volver a ti, nos amaste hasta el extremo. Tu Hijo, que es el único justo, se entregó a sí mismo en nuestras manos para ser clavado en la cruz» (Misal Romano, Plegaria eucarística sobre la reconciliación I). Es tan grande la emoción que suscita este misterio, que el apóstol Pedro, escribiendo a los fieles de Asia menor, exclamaba: «Sabéis que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo» (1 P 1, 18-19). Es así que la parte central de la liturgia de esta celebración del Viernes Santo es la adoración de la cruz, en este antiguo rito se simboliza la revelación progresiva del misterio de la cruz a lo largo de los siglos. Cada una de las tres veces en que se va descubriendo la cruz representa una época o una fase de la historia de la salvación: la primera representa la cruz prefigurada en el Antiguo Testamento; la segunda, la cruz hecha realidad en la vida de Cristo, la "cruz de la historia"; la tercera, la cruz celebrada en el tiempo de la Iglesia, la "cruz de la fe".

Por esto, después de proclamar la pasión del Señor, la Iglesia pone en el centro de la liturgia del Viernes santo la adoración de la cruz, que no es símbolo de muerte, sino manantial de vida auténtica. En este día la cruz de Cristo, se nos muestra como emblema de esperanza para todos los que acogen con fe este misterio en su vida. El Papa Benedicto XVI nos dice: «...En el sacrificio de la cruz Dios sigue proponiendo su amor, su pasión por el hombre, la fuerza que, como dice el Pseudo Dionisio, "impide al amante permanecer en sí mismo, sino que lo impulsa a unirse al amado" (De divinis nominibus, IV, 13: PG 3, 712)...» (BENEDICTO XVI, Via Crucis 2007).

Desde lo alto de la Cruz, Cristo predica la verdad. Quien quiera estar en la verdad, debe subir con el Señor a la Cruz. Toda la vida de la Iglesia procede de la Cruz, la que es en sí misma una contradicción, por cuanto implica muerte y vida, humillación y gloria. Da muerte a la vida carnal, y de ese modo, da la vida del Espíritu. Tiene, pues la cruz, dos caras: una, la que da hacia atrás, es terrible y espantosa; la otra, la que mira hacia adelante, está llena de luz, de esplendor y de Amor.

Cristo Resucitado aparece con las manos extendidas, pero que ya no se encogen dolorosamente en la Cruz, sino que abrazan victoriosamente a todo el mundo y lo atraen hacia Sí. Así como Cristo fue ensalzado a la gloria del Padre por su humillación, también los que están "en Cristo" solamente pueden ser ensalzados por la humildad de la Cruz. Porque la nueva vida que trae el Señor es tan superior a la vida terrena que no se puede llegar a ella si no es a través de la muerte espiritual. Por eso se hizo Jesús obediente: renunció a la afirmación de sí mismo, incluso hasta la muerte: hasta la entrega de lo más grande que tiene el hombre, es

decir, el "yo", que, al menos, quiere defender siempre su existencia.

Para nosotros, los cristianos, esta relación entre Cruz y Gloria se ha hecho algo normal. Pero es necesario descubrir que no es cosa natural en manera alguna. Por el contrario, es algo extraño, inaudito y aun, aparentemente, absurdo. La cruz, para el hombre antiguo, era el símbolo de la suprema ignominia y de la destrucción completa. En la cruz, el pobre criminal quedaba totalmente exterminado y era borrado de la comunidad de los hombres lleno de oprobio y vergüenza, en medio de los tormentos más atroces. Sin embargo, nosotros rendimos homenaje a este instrumento de tortura y de ignominia, y lo ensalzamos en grado sumo. ¡Qué inversión de todos los valores! En la Cruz podemos ver que el cristianismo ha traído un espíritu nuevo, que este mundo no podrá entender y tiene que odiar necesariamente y cuyo símbolo supremo es: la Cruz.

Nos unimos a la invocación del Papa Benedicto XVI: «... Señor, concédenos que te contemplemos en esta hora de tu ocultamiento y tu anonadamiento, a través de un mundo que desea suprimir la cruz como una desgracia molesta, que se oculta a tu vista y considera una pérdida inútil de tiempo el fijarse en ti, sin saber que llegará un momento en que nadie podrá esconderse a tu mirada...» (BENEDICTO XVI, He aquí el madero de la cruz, Meditaciones para Viernes Santo).